

*Flores*

sarah

Sarah

Noté como sonaba el despertador, abrí los ojos y me levanté mientras bostezaba. Eran las siete de la mañana. Ese día mis padres y yo íbamos a un pueblo en medio de la nada, el pueblo de mis abuelos. Se habían mudado hace un par de años y ahora que había acabado el bachillerato y estaba de vacaciones habían decidido que podríamos ir a visitarlos. La verdad, yo no quería ir porque estaba lejos y aislado del resto del mundo, pero según mis padres eso era bueno ya que sería muy tranquilo.

Me vestí y bajé las escaleras hasta el salón, donde mis padres desayunaban. Me senté enfrente de ellos y empecé a comerme mis cereales.

- ¿Ya has hecho la maleta Katia?- preguntó mi madre.

- Sí, ya tengo todo listo.- respondí.

- Saldremos en un par de horas- anunció mi padre.

Asentí y cuando terminé de desayunar me levanté y me fui a dar una ducha.

Hacia las nueve, mis padres y yo ya teníamos todo preparado y salimos de casa. Sentí que la echaría de menos en esas dos semanas que nos quedaríamos en el pueblo.

Pasaron las horas y ya casi habíamos llegado. Miré por la ventanilla del coche, a ambos lados se extendía un manto verde cuyo final no podía ver. Al cabo de unos minutos nos metimos por un desvío que llevaba al pueblo, íbamos entre las montañas, y cuando al fin las atravesamos vi el pueblo. Estaba rodeado por una cordillera, y detrás de él se encontraba un bosque que cubría los alrededores y seguía por las montañas. Según lo que me habían contado mis padres en ese pueblo llovía mucho, y por eso siempre había mucha vegetación, lo que hacía que esa zona entre las montañas siempre se viera tan verde. Pero era verano y con suerte haría buen tiempo.

Entramos en el pueblo; era pequeño, pero muy bonito. Todas sus casas se conservaban realmente bien, a pesar de parecer muy antiguas. Llegamos a la casa de mis abuelos, que nos esperaban enfrente de su casa. Aparcamos y nos bajamos del coche. Todos nos abrazamos y saludamos, cogimos las maletas y entramos en la casa. A pesar de que por fuera se viera un poco desgastada, por el interior parecía nueva. La casa me daba una sensación agradable, y de pronto ya no me disgustaba tanto quedarme aquí.

-Me alegra tanto de que hayáis venido- dijo mi abuela con una sonrisa.

-Ya era hora de que vinierais a visitarnos- añadió mi abuelo bromeando.

Mi abuela nos enseñó la casa, era grande, aunque al parecer todas las casas del pueblo eran así. Me enseñó mi habitación, estaba en la segunda planta, y tenía un pequeño balcón que daba al patio trasero.

Me pasé lo que quedaba de día deshaciendo las maletas y sacando los incontables libros sobre biología que tenía. Al día siguiente mi abuela me llevó a dar un paseo, y se detuvo en un banco cerca de un parque. Me dijo que me iba a presentar a alguien. Imaginé que sería un chico, la abuela tenía la obsesión de emparejarme con todo lo que se moviera.

- Aquí es donde hemos quedado.

Iba a responder algo, cuando una voz grave me interrumpió.

- Buenos días, señoritas.

Me di la vuelta, encontrándome con un chico alto, con el pelo moreno y los ojos marrones. Era bastante guapo... Sacudí la cabeza, intentando alejarme esos pensamientos, como había hecho siempre.

No pasó mucho tiempo antes de que mi abuela pusiera cualquier excusa para dejarnos solos. Como todavía no conocía bien el pueblo, aproveché para pedirle que me lo enseñara. Por el camino íbamos hablando, se llamaba Rodrigo, aunque me había dicho que le llamaría Rod. Como yo, no vivía en el pueblo, sino que estaba para visitar a su hermano. Me enseñó las principales tiendas y lugares, que no eran muchos debido a que el pueblo era pequeño. Le expliqué que iba a estudiar biología, y él me dijo que estaba estudiando informática. Como se estaba haciendo tarde, volvimos a casa. Me despedí y entré en casa. Dentro mi abuela me preguntó cómo me había ido. Le conté sin detallar demasiado lo que habíamos hecho, al ver que me iba a seguir preguntando le dije que estaba cansada y me escabullí a mi habitación.

Me despertó un ruido por la mañana. Me levanté perezosamente de la cama y abrí la puerta, pero no había nadie. Toc. ¿De dónde venía ese ruido? Toc. Abrí la puerta de cristal que daba al balcón y me asomé por él. ¡Ay! Una piedrecita me dio en la cabeza. Oí como una voz conocida se disculpaba. Si las miradas pudieran matar, Rod estaría más que muerto.

- ¡Buenos días! - Me dijo sonriendo de medio lado.

- ¿Qué pasa? - No estaba de muy buen humor que digamos.

- Esto.... Se rasco la nuca y bajó la mirada.

Esto me estaba resultando demasiado cliché.

- ¿Quieres ir a dar una vuelta? - Respondió al fin.

Me quedé mirándole, imaginándome la cara que debía tener. Se me había quitado el sueño y no tenía nada mejor que hacer, así que ¿por qué no?, además, no me molestaba estar con él. Asentí, con una sonrisa.

- ¡Genial! - Dijo él. - Esperaré en la puerta.

Rebusqué en mi armario, pensando en qué ponerme. No quería parecer que buscaba novio desesperadamente, pero tampoco quería parecer una monja de clausura, sobre todo ahora que estábamos en pleno verano. Me puse unos vaqueros cortos y una camiseta. Bajé a la cocina y dejé una nota diciendo que iba a estar con Rod. Abrí la puerta, y me encontré con él apoyado en la pared. Me miró y me sonrió.

- ¿Vamos?



Caminamos por el pueblo hasta llegar a un sendero que llevaba al bosque. Era bastante denso, y aunque sus árboles eran de tronco delgado, estaban tan juntos que casi parecía que formaban un laberinto. Nos adentramos en él. Yo seguía de cerca a Rod, ya que no quería perderme. Caminamos un rato, finalmente llegamos a un claro y nos paramos a descansar en él.

- Bueno, ¿qué te parece? - Preguntó mientras se sentaba en la hierba.

- Nunca había visto un bosque tan grande como este. - Dije sentándome al lado suyo. Hablamos y cuando empezó a oscurecer volvimos al pueblo. Rod me acompañó a casa, me despedí de él en la entrada y abrí la puerta de la casa, la caminata me había dejado agotada. Con mis ojos cerrándose subí a mi cuarto y me tiré en la cama.

Al día siguiente decidí volver al bosque, me había llamado mucho la atención y no quería desaprovechar la oportunidad de visitarlo. Caminé hasta encontrar el sendero por el que fui el día anterior con Rod, lo recorrió y paseé hasta el claro. Me senté y empecé a leer uno de mis libros. Los rayos del sol me calentaban, y al poco tiempo me quedé dormida. Cuando me desperté ya era de noche, recogí rápidamente el libro y me puse a caminar por el bosque. Pronto me di cuenta de que no sabía volver, desesperada empecé a correr y a gritar por si alguien me escuchaba. Probé a llamar con mi móvil pero no había cobertura. Al rato perdí la esperanza de encontrar la salida, tendría que esperar a que se hiciera de día, o a que alguien me encontrara, cosa poco probable ya que no había dicho dónde estaba. Iba a pararme cuando divisé algo a lo lejos. Parecía una casa, pero, ¿qué hacía en medio del bosque? Caminé hacia ella, y en poco tiempo ya estaba enfrente. Por su aspecto diría que estaba abandonada. Estaba hecha de piedra, con unas ventanas a los lados y una puerta de madera, y la hiedra crecía entre los huecos de los bloques que la formaban. Iba a irme cuando escuché un ruido detrás mío, asustada me giré, pensando que sería algún animal salvaje. Suspiré aliviada cuando me di cuenta de que solo era una niña. Mi cerebro tardó en

reaccionar. Una niña pequeña, en medio del bosque. ¿Qué hacía allí?

- Perdón, ¿te he asustado?- Preguntó mirándome con curiosidad.

- ¿Eh? ¡Ah! No, qué va, solo me he sorprendido.- Dije moviendo las manos, quitándole importancia.

Me paré a mirarla, tenía el cabello corto y rubio, con una coleta en un lado de su cabeza. Sus ojos eran muy verdes, y era bajita, no debía tener más de diez años.

- ¿Qué haces aquí sola, te has perdido?- Dije, olvidándome de que yo también lo estaba.

- No, yo vivo aquí.- Respondió señalando la casa de piedra.- Pero tú sí que pareces perdida.- Añadió riéndose.

- ¿En esa casa?-Pregunté, no era posible que viviera allí.- ¿Y tus padres?

- Yo vivo sola.- Dijo.

- Ya, pero...- ¿Qué clase de padres tenía esa niña? Dejándola sola en el bosque, en una casa medio destrozada.

- ¿Quieres que te ayude a volver? Me sé este bosque como la palma de mi mano.- Se señaló la mano y después cogió la mía.- Vamos, ¡ah!, por cierto, me llamo Sarah.

Iba a decir algo, pero me tiraba para que fuera más rápido. Cada vez que intentaba preguntarle algo andaba más deprisa, así que al final me callé y dejé que me guiara. La seguí un rato, y me pregunté si de verdad sabía cómo salir. De repente oí a alguien.

- ¡Katia!- Estaban gritando mi nombre.

Solté a Sarah y seguí la voz. Me encontré con Rod y mis padres, en cuanto me vieron corrieron hacia mí. Mis padres me abrazaron, y Rod me miró soltando un suspiro. Sentí un gran alivio.

- Hija, estábamos tan preocupados, ¡qué desastre eres!- He aquí la bipolaridad de los padres. Les expliqué lo que había pasado, y cuando les conté lo de la niña me miraron extrañados. Miré detrás de mí pero Sarah no estaba. Iba a ir a buscarla, pero mis padres me arrastraron a casa, diciendo que serían imaginaciones mías. Yo estaba segura de que no era así, pero si la niña decía la verdad, estaría bien, después de todo ella me había ayudado a encontrarme con mis padres y Rod. Pregunté qué hacía él allí, al parecer estaba preocupado por mí y había ayudado a mis padres a encontrarla. "Es un cielo" decía mi madre.

Estaba cansada, así que decidí no preguntar más.

Me desperté por la noche, miré el despertador, eran las 5:30 de la madrugada. Me había desvelado, así que decidí ir a dar una vuelta por el pueblo. Casi sin darme cuenta estaba otra vez en el bosque, caminando entre sus árboles, solo que esta vez no me parecía que estuviera perdida. Llegué a una colina, pero al acercarme al borde me di cuenta de que era un barranco. Abajo sólo se veía más bosque, pero la vista era asombrosa. El horizonte dividía el bosque del cielo, y ese acantilado parecía ser una escalera hacia las estrellas. Poco después el sol comenzó a salir, tiñendo el cielo de infinitos colores. Sentí una mano en mi hombro, y me giré asustada, era Sarah. Recordé que no le había dado las gracias por lo de ayer.

- Gracias.- Dije, ella se sentó a mi lado.

- De nada.- Contestó sonriendo.

Nos quedamos en silencio, cuando de repente preguntó:

- ¿Quieres jugar al "juego de las preguntas"?

- Em... ¿vale?-Dije, sorprendida por la pregunta.- Empieza tú.



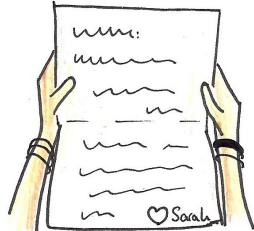
- Vale, algo fácil. ¿Qué te gusta?- Pensé un momento.
- La biología...- Me di cuenta de que probablemente no sabía lo que era.- Las plantas y los animales.- Ella respondió con un "ohh".- ¿Y a ti?
- Las flores.- Dijo casi al instante.- Sobre todo las rosas, pueden ser de muchos colores, y son muy bonitas, aunque tienen espinas, pero si sabes cómo cogerlas no te pinchan.
- Las rosas ¿eh?, bueno, te toca preguntar.
- ¿Quién es Rod?- Dijo mirándome con picardía. Esta niña es peor que la abuela.
- Es el único amigo que tengo en el pueblo.- Contesté.
- ¿Y yo? ¿No soy tu amiga?- Me miró tristemente.
- ¿Qué? No. Quiero decir, sí que somos amigas.- Su rostro se iluminó al oírme.
- Bueno, te toca preguntar.- Dijo mirándome. Pensé detenidamente.
- ¿Dónde están tus padres?
- Ellos...en realidad no lo sé. Un día se fueron, tenían que llevar algo al pueblo vecino, creo. Ese día había una fuerte ventisca, y decían que era peligroso, así que no me dejaron ir con ellos. Pero me prometieron que volverían en cuanto pudieran. Unos días después vino un señor diciendo que no volverían, que se habían ido, pero ellos me lo prometieron, así que no le hice caso.- Contestó mirando al horizonte.

Asentí, procesando la información. Llegué a la terrible conclusión de que sus padres no seguían en este mundo. Lo peor era que Sarah no parecía darse cuenta de eso, tenía que explicárselo.

- Mira Sarah...ellos realmente no van a volver.- Me miró confusa.- No siguen en nuestro mundo.
- ¿Han muerto?- Me sorprendió la frialdad con la que lo dijo.
- Sí.- Sus ojos se llenaron de lágrimas, y sentí la necesidad de arreglarlo.
- Pero no tienes que preocuparte, ahora viven allá arriba.- Dije señalando el cielo. Se secó las lágrimas y miró al cielo.
- ¿Y no podemos ir a buscarles?- Me miró. Me había metido en una situación incómoda. Nunca pensé que yo, con dieciocho años, tendría que explicarle a una niña pequeña que no iba a volver a ver a sus padres.
- No, habrá un día en el que te toque reunirte con ellos. Hasta entonces debes permanecer en este mundo, viviendo felizmente.- Sarah se quedó pensando y me dirigió una sonrisa falsa. Estaba maquinando algo, lo sabía. Entonces me temí lo peor.- Todavía no debes reunirte con ellos, tienes que esperar hasta que un día el destino te lleve con ellos.- Ella mantuvo su sonrisa, infundiéndome tranquilidad, convenciéndome de que su sonrisa era sincera. Y yo, ilusa, me dejé convencer.

Me despedí de Sarah, prometiendo volver mañana. Al día siguiente me desperté con la conciencia intranquila. Decidí ir a verla, solo para tranquilizarme. Me interné en el bosque en el que por algún extraño motivo ya no me daba miedo perderme, quizás porque sabía que Sarah me encontraría y me llevaría fuera de él. Caminé hasta encontrar la casa en la que vivía ella, entré, ya que la puerta de madera estaba abierta. Sorprendentemente el interior de la casa no era en absoluto como el exterior, estaba medianamente cuidado, y los muebles, aún con polvo, estaban en perfectas condiciones. Miré una foto que se encontraba en una mesita. En ella se encontraban una mujer y un hombre de mediana edad y en el medio estaba Sarah. Imaginé que ellos deberían ser sus padres. Sentí tristeza por la niña, y me imaginé que yo fuera ella, que hubiera perdido a mis padres, y comprendí que ella nunca supo que los había perdido, hasta ayer. Horrorizada me di cuenta de que Sarah era suficientemente fuerte para hacer lo que se propusiera, y esta vez se había propuesto encontrarse con sus padres.

Mis ojos se dirigieron a la puerta, donde había una nota colgada que no había visto antes. Decía así:



*"Querida Katia, gracias por estos últimos días. Desde que mis padres se fueron me he sentido muy sola, pero cuando te conocí eso cambió. Por fin alguien me ayudaría a hacer que el tiempo de espera se hiciera menos pesado. Pero me hiciste comprender que*

*“ellos no iban a volver, así que debo ir yo a buscarles. No pretendo hacer daño a nadie, más aun sabiendo lo que se siente, pero me lo prometieron, y aunque ellos no puedan cumplirla, yo sí que puedo. No intentes pararme, es lo que quiero y lo que me hará feliz. Un abrazo, Sarah.”*

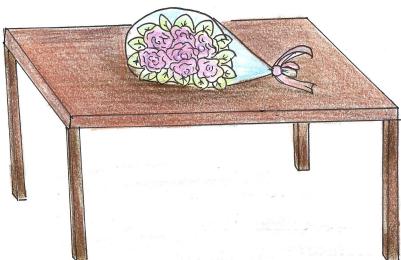
Había comenzado a llorar mientras lo leía. Tenía que pararla. Salí corriendo, pensé donde podría estar. Lo primero que se me ocurrió fue el barranco donde la vi por última vez. Recé por que estuviera allí, de lo contrario podría ser demasiado tarde. Cuando llegué la vi en la punta, al borde del vacío. Me oyó llegar y se giró. Me miró tristemente.

- Te dije que no vinieras.
- ¿Cómo no iba a venir? ¡No puedes hacer esto!
- ¿Por qué no, no puedo ser feliz?
- Si haces esto, no serás feliz, y yo tampoco. Por favor.- Le pedí suplicando.
- Lo siento, pero ya me he decidido.

Se giró otra vez hacia el vacío, por un momento me pareció ver dos figuras a su lado, un hombre y una mujer. Entonces comprendí, ella no iba a acabar con su vida, iba a empezar una nueva junto a las personas que quería. Y yo no era nadie para detenerla, para impedir que consiguiera su objetivo. Sarah cogió de la mano a sus padres, se giró una última vez y me sonrió.

- Adiós.

Se dejó caer hacia delante. Cuando desapareció corrí hacia el borde, pero no vi nada. Me quedé allí, sin saber qué hacer. Cuando se hizo tarde volví a casa. Me regañaron, me preguntaron que dónde había estado. No les dije la verdad, nadie me creería de todas formas.



Pasé el resto de las vacaciones con mi familia y con Rod, al que, por cierto, decidí abrirle un poquito mi corazón. El último día volví al bosque, a la casa de Sarah. Era curioso como una niña que había conocido hace apenas unos días se había metido tan hondo en su corazón. Dejé frente a su foto un ramo de rosas, como las que a ella le gustaban. Y mirándola por última vez, me di la vuelta y me fui.

Ahora hace ya quince años de eso, el tiempo ha pasado. Terminé la carrera de biología, y trabajo de lo que me gusta. Por casualidades de la vida, descubrí que Rod y yo íbamos a la misma universidad, y bueno, empezamos a salir. Hace unos años nos casamos, y ahora hemos formado una familia. Sim embargo, el tiempo no ha borrado a Sarah de mi mente. Cada año vuelvo al pueblo, y dejo un ramo de rosas para Sarah, como las que a ella le gustan, con la esperanza de que ella me esté viendo. Después de todo, nos volveremos a reunir, dentro de poco o dentro de mucho, el destino lo dirá. Sin embargo, yo no soy paciente, así que, lo que me queda, lo viviré por las dos.

